



ETICA Y REVOLUCION

La confrontación dialéctica de nuestro tiempo

OCTAVIO ALBEROLA

"La innovación ya no pasa por los partidos, los sindicatos, las burocracias, la política. Ella depende ahora de una preocupación individual, moral. No se pide ya a la teoría política que nos diga lo que debemos hacer, no necesitamos tutores. El cambio es ideológico y profundo."

Foucault

La reflexión sobre la ética y la revolución se ha convertido en la más saludable y prometedora de todas las confrontaciones dialécticas de nuestro tiempo. Ante la desoladora perspectiva que nos ofrecen todas las revoluciones triunfantes, que en su día hicieron creer que iban a cambiar el destino humano, y ante la no menos desoladora renuncia a la revolución, de la que ahora se enorgullecen todas las fuerzas que se reclaman del Socialismo, la reflexión revolucionaria busca desesperadamente la explicación del fracaso y una nueva inspiración para cambiar el curso de la Historia. Porque si, de un lado, las fuerzas revolucionarias no han jamás estado tan lejos como hoy de realizar sus objetivos manumisores, del otro, la necesidad objetiva de una revolución es más urgente y vital que nunca.

Hace sesenta años, ese "gran resplandor al Este" iluminaba los corazones de todos los proletarios y hacía creer que

se estaba en el alba de una nueva era. Todo lo que ha sido concebido y construido desde entonces por ese Centro del "internacionalismo proletario" se ha ido alejando cada vez más del propósito transformador y de la esperanza de los momentos iniciales. Los posteriores "resplandores", en otras partes del mundo, no han hecho más que acentuar las decepciones y plantear la urgencia de una profunda reconsideración conceptual y existencial del socialismo. Por ello, no se trata tanto de saber si el socialismo ha fracasado o no, sino de saber de qué ha muerto; y más aún, si lo que se quiere es que nazca otro que concilie comunismo y libertad. "Hasta ahora el problema era cómo hacer la revolución, porque se suponía que ya sabíamos desde Marx, Lenin, etc., qué era la revolución. Hoy empezamos a preguntarnos "¿qué es la revolución?" y a plantearnos si el esquema marxista no formará parte también de lo que **no es** la revolución".(1) La crisis de la teoría y la praxis marxistas es indiscutible.(2) ¿qué duda cabe? pero no es la única ideología revolucionaria clásica responsable de este fiasco revolucionario. La responsabilidad incumbe igualmente al anarquismo; porque si bien no ha conseguido, hasta ahora, protagonizar ninguna revolución triunfante, es responsable por omisión: al

haber desaparecido del contexto social en que estas luchas se han generado y desarrollado. Además, porque en el actual debate en torno a los conceptos de ética y revolución, de libertad y socialismo, que opone la **praxis real** de los distintos modelos históricos del socialismo en el poder, al Este como al Oeste, a la crítica teórica de un neomarxismo y un antimarxismo éticos, el anarquismo, que podría aportar una contribución de primer orden, está igualmente ausente.

Poco importa que la crítica anarquista del Estado se haya visto confirmada por los hechos y que algunos anarquistas primarios se consuelen repitiéndose a sí mismos: "¡Teníamos razón!"; la bancarrota revolucionaria del socialismo nos concierne a todos, y quizás nos plantea problemas aún más graves y difíciles de resolver a los anarquistas que a los marxistas. Primero, porque no siendo el anarquismo un movimiento político, un competidor en la carrera al Poder, no sólo no puede explotar políticamente la quiebra revolucionaria de los partidos marxistas (leninistas o socialdemócratas), para proponerse como solución de recambio, sino porque la desmovilización de las masas por el socialismo acentúa la marginalización de las microscópicas capillas anarquistas y su prédica en el vacío. Segundo, porque si

"el burdo optimismo de la fe automática en el progreso" —que era lo que según Bloch caracterizaba hasta ahora a los partidos revolucionarios que estaban convencidos de que las leyes de la Historia funcionaban en su favor— ha sufrido un duro revés, el pesimismo que le reemplaza induce más bien a la aceptación del orden establecido que a su subversión.

Ahora bien, sería una suprema y nefasta ingenuidad si de lo anterior sólo supiéramos sacar conclusiones para componer un nostálgico lamento por la pureza perdida de ese mítico ideal que encarnaba el socialismo, o para propugnar el retorno a los mitos como única alternativa a la desoladora realidad presente. Consideramos que el retorno de la inquietud ética, que nada espera pero se afirma frente al riesgo y la amenaza, autoriza y estimula nuevos planteamientos para intentar realizar (ya hoy) nuestros ideales de libertad, fraternidad y justicia, para recomenzar la revolución, y sin los cuales no habrá —nunca más— apasionada entrega al momento presente de la lucha revolucionaria.

LAS IDEOLOGÍAS REVOLUCIONARIAS CLÁSICAS EN EL BANQUILLO

Comparado con la triste realidad de las "realizaciones revolucionarias" en el mundo, el pretencioso mensaje de las ideologías revolucionarias clásicas se reduce de día en día y pone en evidencia su raquítica proyección práctica en el cotidiano vivir de los hombres y en la estructuración de la sociedad. Al Este como al Oeste, que se sea marxista, marxista-leninista, trotskista, maoísta o anarquista, la flagrante inadecuación entre lo que se afirma o se piensa y lo que realmente se hace muestra hasta qué punto las ideologías han servido y sirven para dar buena conciencia a los hombres que se han instruido sobre sus cadenas y el peso de una Historia que explica su perennidad. Frente a la impresionante resignación de las masas instruidas de los misterios de la explotación por esas ideologías que prometían redimir las, ¿qué queda del mensaje revolucionario de esas grandes ideas que debían "conducir la humanidad a superarse y alcanzar un estadio cada vez más elevado"? Sí, queda un montón de esquemas, programas, discursos... y una dependencia cada vez más íntima del hombre frente al Estado y los mecanismos de la explotación.

Se puede objetar, claro está, que esta dependencia, que esta alienación no ha impedido un progreso continuo del bienestar material, y que este progreso ha sido posible gracias a las "incesantes

luchas de la clase trabajadora orientadas por la ideología revolucionaria del Movimiento Obrero". Pero, precisamente esta objeción economicista confirma el retroceso revolucionario del proceso histórico. Como todas las imposturas, el sacrificio de la reivindicación cualitativa a la cuantitativa no resiste la confrontación con la única prueba que cuenta: la de la historia concreta y de sus más crueles enseñanzas. La burocratización y jerarquización del Trabajo en las sociedades industriales modernas —al Este como al Oeste— es un proceso de afirmación autoritaria, clasista, que tiene muy poco que ver con las tradicionales reivindicaciones clasistas del socialismo marxista o libertario. Y resulta ya muy aburrido repetir, por evidente, que los sindicatos constituyen hoy instrumentos idóneos para la integración de las masas laboriosas en los sistemas de capitalismo privado o de capitalismo de Estado.

Paradójicamente, y parodiando a los marxistas, es posible afirmar que la ideología de las clases dominadas está en camino de convertirse en la ideología dominante. Con la particularidad, claro está, de que es la clase dominante la que se la apropia; al menos en el caso de la ideología marxista: promovida, desde hace algunos años ya, al rango de cultura hegemónica hasta en las propias sociedades occidentales.

Esta colusión ideológica, entre marxismo y capitalismo, es hoy tan descarada e íntima que, sin necesidad de recurrir a los ejemplos de los "compromisos (o pactos) históricos", puede decirse prefigura la instauración de un modo de producción en el que "la comunidad —como dice Marx en sus "Estudios filosóficos"— no es otra que la del trabajo y del salario pagado por el capital común, por la comunidad en tanto que capitalismo general". Por este camino, el capitalismo (y todas las alienaciones que él vehicula) está lejos de extinguirse o de debilitarse. A un ritmo cada vez más acelerado, la historia asimila en un mismo proyecto de salvación el Capital y el Socialismo. Véase si no esa **desconcertante** identidad entre los dogmas y proyectos, entre los discursos y lemas de los partidos más dispares, de los Estados aparentemente más antagónicos: los USA y la URSS, sin olvidar la propia **evolución** de la China comunista.

Ya sabemos que el lenguaje propagandístico y la propia teorización de las contradicciones están sumamente codificados y que admiten pocas variaciones originales para su formulación dialéctica, pero el arrumbamiento de "ilusiones trasnochadas" y la degradación de la función utópica hacen presentir más sutiles coincidencias: la renuncia a la innovación.

LA INCAPACIDAD DE RENOVACION IDEOLÓGICA

La renuncia a la innovación es evidente e irreversible en el seno de las ideologías revolucionarias clásicas. Prueba de ello es la condenación y persecución de la disidencia ideológica al interior de todas las organizaciones revolucionarias o simplemente reformistas, y el resignado acomodamiento de los militantes socialistas, comunistas, anarquistas, etc., al **statu quo** social y autoritario del actual modelo de sociedad de **abundancia**.

Empero, lo que impide la aparición de lo **novum** no es la pura y sacralizada reiteración de lo establecido, sino, antes que nada, la renuncia al pleno e ilegal ejercicio de la función utópica, de la reivindicación cualitativa que ve en la destrucción del Poder la posibilidad de emergencia del hombre libre.

Y es en este sentido que las ideologías revolucionarias clásicas han sido más crudamente desmentidas: por la historia hasta nuestros días y por los propios militantes que han transformado las ideologías en campos de lucha por el Poder —ya sea en la conquista del Estado o de las estructuras de control de los partidos y organizaciones sindicales. De ahí que la sustancia que alimentaba y hacía posible la concepción y aparición de lo **novum**, la objeción y disidencia ideológica, sea ahora denostada más que antes: como "capricho sin sustancia", y vista y perseguida con el mismo espanto que la herejía era vista y perseguida por las religiones.

Uno de los rasgos más negativos, y más comunes, de todas las militancias marxistas y anarquistas radica en su incapacidad de razonar los análisis críticos y las innovaciones que, desde dentro o fuera de sus filas, ponen en evidencia la rigidez de sus dogmas, el absurdo de sus mitos y lo flagrante de sus insuficiencias o errores. Por ello su reacción es netamente acrítica: excomunión, denigración, silencio; y también por ello siempre han preferido el enemigo al disidente, el adversario al rebelde.

La prueba está hecha: con la ortodoxia —y no sólo en las organizaciones marxistas— surge la línea general, la planificación central, la autoridad, la disciplina, el poder político; desapareciendo la autonomía, la independencia, el autogobierno y, en una palabra, la libertad. Que no se nos diga que una cosa son las ideologías y otra los partidos, las organizaciones. Porque de dos cosas una: o bien son las ideologías las que se revelan incapaces de influenciar la praxis militante en el sentido de sus postulados emancipadores, fraternos, democráticos e igualitarios, o bien son las propias ideologías las que llevan en ellas mismas los gérmenes autorita-



rios que las minan internamente y que fatalmente acaban por corromperlas.

LA DESAFECCION IDEOLOGICA DE LAS MASAS

Poco importa que sea una incapacidad o una inconsecuencia, puesto que de cualquier manera el resultado es el mismo: las ideologías no suscitan ya más entusiasmo en las masas y las estructuras sociales que de ellas se reclaman (los partidos, los sindicatos) huelen cada vez peor y se asfixia uno en ellas como en el mundo.

“¿Y qué diremos de la zarabanda de las siglas, de las divisiones y subdivisiones de conjuntos tanto más empeñados en

diferenciarse unos de otros cuanto que son incapaces de inventar nada medianamente distinto de lo que hay?”(3) Pues diremos que ni la desesperada búsqueda de un paradigma **duro y puro** (ayer: el modelo soviético; hoy: apenas ya los modelos chino, albanés, vietnamita, cubano), ni la enfatización de una “dudosa identidad con calificativos garantizadores de pureza de origen, Auténtico, Histórico, Ortodoxo, Radical, Verdadero...” los salva de la depreciación histórica, ni de ser considerados como auténticos frutos del **pathos** ideológico de una Izquierda a la deriva. Confrontadas con la triste realidad de la revolución traicionada, en un lado, y de la revolución abandonada, en el otro,

confrontadas —además— con su triste realidad interna, esas macroscópicas o microscópicas iglesias socialistas, comunistas o libertarias siguen (a pesar de que **siempre tuvieron razón** en sus previsiones) rectificando sus pronósticos y adaptando sus discursos en función de una Historia que sólo les asigna el rol de comparsas. Por eso no es de extrañar que ahora, que en la Europa capitalista se sienten bien instaladas en la legalidad del orden establecido, defiendan el expediente del Orden y del conformismo, de los Derechos del Hombre y de la Democracia, de la Autoridad y del civismo, frente al sector de la juventud que rechaza esos **valores** llamándolos opresión e hipocresía, que los acoge con el sarcasmo y el desprecio, y que los impugna en su legitimidad, en su expresión y en sus fines.(4) Frente a la expansión económica, que al Este como al Oeste se ha convertido en el criterio absoluto del éxito o del fracaso de toda política, y frente a la promesa del mejoramiento del nivel de vida que ningún político olvida en sus escritos o en sus discursos, ¿qué es lo que proponen los ideólogos de esas iglesias que un día proclamaron y profetizaron la Revolución?

Las proposiciones de esas iglesias, que prometen la democracia sin discriminaciones para todas las clases sociales y que niegan a sus propios fieles la más elemental libertad de expresión cuando no aceptan ciegamente las consignas y el paternalismo de las burocracias dirigentes, de los “estados mayores” que negocian y pactan por su cuenta el bienestar de todos, son invariablemente las mismas: la respuesta organizada de las masas (a través de los partidos y de los sindicatos, se entiende), el militan-tismo y el voto... Pero las masas se han cansado del militan-tismo, y el voto sólo se ejerce de tarde en tarde...

El error fundamental, si error es y no intencionada trampa, quizás haya sido el concebir las ideologías para resolver los problemas por arriba, por intermedio de organizaciones globales o de máquinas gigantes, que confiscan la iniciativa, la acción y la palabra del individuo, que establecen un divorcio real entre éstas y las masas —aunque por efecto de una retórica absurda, que no comprenden pero que les seduce, las masas sigan dejándose manipular por aquéllas.

Ciertamente, y sin ningún rubor, se sigue afirmando que la política sería otra cosa, y la acción política mucho más eficaz, si cada uno estuviera convencido y decidido a tomar en sus propias manos sus asuntos políticos, que nadie es más indicado para administrar sus intereses que uno mismo. Pero la realidad es otra: no hay más política que la que deciden o aceptan los aparatos, que la que hacen los profesionales de la



Desde Marx el problema era cómo hacer la revolución. Hoy es en qué consiste la revolución.

política. El discurso y la praxis de las ideologías revolucionarias clásicas han quedado reducidos a una serie de argumentos y gestiones tendientes a asegurar la permanencia de los aparatos y de sus intereses, y ellas no son ya más portadoras de un proyecto de revolución violenta, jacobina u otra. Esa, y no otra, es la principal razón de la desafección ideológica de las masas y de la contestación juvenil que enarbola la nueva impugnación antiautoritaria.

LA NUEVA IMPUGNACION ANTIAUTORITARIA

No sabemos si, como dice Cioran,⁽⁵⁾ "aunque la práctica de la historia sea esencialmente antiutópica, es cierto que la utopía hace marchar la historia, la estimula". Pero, aunque no sea del todo verdad que "no actuamos más que bajo la fascinación de lo imposible", sí que nos parece posible afirmar "que una sociedad incapaz de dar a luz una utopía y de entregarse a ella está amenazada por la esclerosis y la ruina".

Así pues, el abandono de la utopía y del concepto ético de la revolución no podía por menos que conducir las ideologías revolucionarias clásicas a la esclerosis y la ruina. Por ello, la nueva impugnación revolucionaria antiautoritaria ha hecho de la reivindicación de la función utópica y de la consecuencia ética entre medios y fines, entre la palabra y la acción, su más urgente y vital razón de ser.

Más allá del marxismo y de sus múltiples y contradictorias interpretaciones

—teóricas y prácticas—, los grandes interrogantes que hace surgir la sociedad contemporánea han originado un considerable trabajo de reflexión crítica, al margen de toda ortodoxia, sobre la revolución en el mundo moderno y sus perspectivas históricas. Y, como podía esperarse, esta reflexión ha desembocado en una desconfianza generalizada, cada vez más grande, frente a los sistemas totalizadores y frente al Estado, democrático o totalitario, que es el proyecto y la realidad más acabada de la Totalidad autoritaria. Coincidiendo —además— este rechazo ideológico con la rebelión, al nivel de las vivencias cotidianas, de los grupos marginales del sistema que han visto al Poder manifestarse con toda crudeza y sin máscara para reprimir lo que más teme: la contestación concreta del Espacio y del Tiempo lineales que las clases dominantes han querido imponer unívocamente a través del Trabajo a las clases dominadas.

Desde Mayo 68, la nueva impugnación antiautoritaria se ha ido definiendo y afirmando cada vez más como un rechazo total de todas las formas de Poder. Y cada vez que, desde otras posiciones, se intenta reintroducir en el discurso o en el proyecto revolucionarios la noción ética, es siempre el Poder el que resulta a fin de cuentas puesto en cuestión.

La nueva impugnación antiautoritaria es, pues, esencialmente una impugnación ética: de la conjunción de la mala memoria y de la buena conciencia que da a la amnesia sobre la historia del socialismo traicionado, degenerado o caricaturizado una tranquila arrogancia dogmática, sin ninguna garantía contra las recaídas en los calenturientos delirios de las frías ideologías revolucionarias.

Independientemente, pues, de que, como dice Cornelius Castoriadis,⁽⁶⁾ el destino histórico del marxismo puede resumirse "por lo esencial en este hecho masivo: el marxismo se ha convertido en la ideología, la religión laica oficial, de Estados que dominan, explotan y oprimen un tercio de la población del planeta", es necesario reconocer que, al grado de intoxicación autoritaria actual, el destino histórico del anarquismo no habría sido muy diferente si hubiera llegado a imponerse como ideología hegemónica en algún rincón de la tierra. El interés y la originalidad más prometedora de la nueva impugnación antiautoritaria estriba, precisamente, en el reconocimiento de esta posibilidad de degeneración autoritaria de la propia ideología libertaria, y en su intrasigente propósito —al nivel de la teoría y de la práctica— de no hacer concesión ninguna a la tentación autoritaria y de resistir firmemente a los riesgos del

sectarismo, del dogmatismo y del burocratismo implícitos en todas las fórmulas organizativas experimentadas hasta el presente.

LA REVOLUCION HOY...

Cada vez más, la revolución se resume a cambiar el mundo para cambiar la vida. Pero, no se cambia la vida si no se cambia el ser. Y ¿cómo cambiar de ser si el mundo no cambia verdaderamente?

Aparentemente, y la historia está ahí para recordárnoslo, el problema es irresoluble. Y todavía más si escuchamos los últimos abortos dialécticos de ciertos representantes calificados de las viejas iglesias ideológicas: "La revolución no puede ser más que democrática, legal, pacífica y gradual".

(Jean Elleinstein, miembro del comité central del PCF).

"Las tentativas de actualización social de la moderna sociedad de consumo fracasarán. La mayoría, como la oposición, está depasada. El viento que lleva la historia es la anarquía."

(Maurice Joyeux, de la FAF, en su libro: "La anarquía en la sociedad contemporánea").

Por ello, la revolución hoy puede ya consistir en tomar plena conciencia de la extrema dificultad de cambiar el mundo y el ser al mismo tiempo, de intentar una praxis autónoma en el seno de las masas para que éstas rechacen las concepciones tradicionales, religiosas, monacales de los partidos y las organizaciones pretendidamente revolucionarias. Para que renazca la utopía y la historia vuelva a ponerse en marcha en la dirección de un socialismo del que esté excluido todo grupo dominante.

Todos afirmamos que hay que devolver a los trabajadores y a los ciudadanos el poder que les ha sido confiscado. Que queremos la destrucción del Estado o, por lo menos, su extinción. Pues bien, comencemos por destruir los partidos y todas las organizaciones autoritarias que se reclaman de la revolución o, por lo menos, no les prestemos nuestra contribución.

NOTAS:

(1) Xavier Rubert de Ventós, en "El desorden del discurso y la sinrazón del poder", aparecido en el N.º 13 de "El Viejo Topo", del mes de octubre de 1977.

(2) El propio Althusser acaba de reconocer que "el marxismo está en crisis".

(3) Fernando Savater, en la "Política como opio del pueblo", de su libro **Para la anarquía**.

(4) Véase al respecto las tomas de posición de los grupos "Autónomos" en Italia, Francia y otros países.

(5) En la entrevista con E.M. Cioran, "Escribir para despertar", publicada por Fernando Savater en el diario "El País" del domingo 23 de octubre de 1977.

(6) En una entrevista publicada en "Le Monde", del 13 de diciembre de 1977.